

La Novela Americana Cinematografica



Núm. 22

30 cts.

La sortija que mata

por
Dorothy Revier
y Jack Holt



CAPRA, Frank

**LA NOVELA AMERICANA
CINEMATOGRAFICA**

Publicación semanal

Francisco - Mario Bistagne
Director

Año I

Núm. 22

THE DONOVAN AFFAIR, 1929

La sortija que mata

Drama policiaco de Owen Davis,
Interpretado por
Jack Holt y Dorothy Rivier, secundados
por otros notables artistas

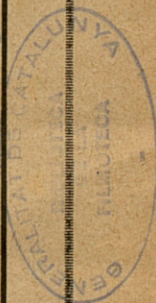
Es una producción **COLUMBIA**
Distribuida por

Príncipe Films, Sdad. Lda.

Aragón, 249 - Barcelona
Aldamar, 7 y 9 - San Sebastián

Postal-regalo: **MADGE BELLAMY**

Ediciones **BISTAGNE**
Paseo de la Paz, 10 bis. - Barcelona



Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

La sorfija que maña

Argumento de la película

I

—Yo te apuesto dos contra uno a que Donovan no se presenta.

—Y si se presenta no pagará esos vales que ha firmado.

—Realmente, hice una tontería en fiarme de su palabra.

Los que así hablaban, rodeaban una mesa llena de copas, botellas, cigarrillos y naipes.

Bastaba una mirada para comprender que aquello era un garito donde diariamente una peña de amigos se vaciaban los bolsillos unos a los otros.

Si malo era el aspecto del cuchitril, peor lo era el de los jugadores. Seguramente, aquel dinero que se jugaban era obtenido por los más viles procedimientos.

El que tenía los vales en la mano se llamaba

Porter. Iba mejor vestido que los demás, pero tenía peor aspecto.

Sus ojos negros y penetrantes, y su boca torcida siempre en una inquietante sonrisa, le presentaban como hombre del que en ningún caso se puede esperar nada bueno, por carecer en absoluto de eso que se llama conciencia.

Porter dobló los vales, se los guardó en el bolsillo y se dirigió a la puerta.

—¿Dónde vas?—le preguntaron.

—A ver a Donovan.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo que vosotros estáis pensando en este momento.

Y, sin más explicaciones, salió del garito.

* * *

Juan Donovan, caballero de la trampa y de la aventura disfrutaba de una buena posición, a juzgar por su apariencia de gran señor y por el lujo con que estaba montada su vivienda.

Era un hombre joven, alto, arrogante.

Paseaba muy preocupado por su biblioteca, cuando el criado apareció con una bandeja llena de cartas.

—El correo, señor.

—Te tengo dicho que no quiero cartas. Todo son facturas y reclamaciones.

Volvió a marcharse el criado con el correo, pero reapareció en seguida para anunciar un nombre de mujer.

Iba Donovan a decir que no estaba en casa cuando vio que la visitante entraba en la biblioteca.

Era Laura, una doncellita de casa grande, que, como se verá en seguida, tenía con Donovan mucho que ver.

Era muy linda e iba vestida con tal elegancia, que no parecía una doncella.

—Tenía unas ganas locas de escaparme de Craigmoor para venir a verte...

Donovan no pudo disimular un gesto de fastidio. Su mal humor no le permitía entregarse a las ficciones de siempre.

Ella, no obstante, se acercó a Donovan y le dió el beso de saludo. Después se le quedó mirando.

—¿Sabes lo que empiezo a sospechar?... Que estás enamorado de mi señora.

—¡Qué tontería!—dijo fríamente Donovan.

—Acaso sean figuraciones mías, lo reconozco. Pero es que los celos no me dejan vivir. ¡Te quiero tanto! Hasta que nos casemos no estaré tranquila.

La alusión al matrimonio fué demasiado para el estado de ánimo de Donovan, el cual, desprendiéndose rudamente de los amantes brazos, dió suelta a su irritación con una sarcástica carcajada.

—Pero ¡qué ilusiones! ¿Quién te ha dicho que yo pienso casarme contigo?

La cruel sinceridad de aquel hombre sin conciencia ni corazón hizo despertar rudamente a la desdichada Laura de su bello sueño. Donovan había pasado repentinamente de las dulces mentiras de amor al brutal desprecio.

Laura estaba anonadada.

El dolor y la ira la cegaron. No pudo reprimir un sollozo, pero en seguida se sobrepuso, y dijo

en un tono que hubiera inquietado a otro hombre menos frío que Donovan.

—Vive alerta, Donovan. Con la honra de una mujer no se juega impunemente.

Y salió sin volver la cabeza, sin pronunciar una sola palabra de despedida.

Donovan se encogió de hombros y ordenó a su criado le preparara el automóvil y la cena.

—Me voy a Craigmoor, pero mucho ojo con decirselo a nadie.

II

Fernanda Raukin, hija única del propietario de Craigmoor, amaba y era correspondida.

El feliz prometido, Alberto Cornish, era un muchacho que cualquier mujer habría considerado un excelente partido. Joven, simpático, rico, generoso y apasionado, sería un digno compañero de la deliciosa Fernanda, la cual, además de las cualidades de su prometido, tenía la de la hermosura.

En tanto la señora de Raukin, Lidia, andaba por sus habitaciones, con su retraimiento y sus preocupaciones de siempre, los prometidos se disponían a poner fin a su coloquio.

Era ya demasiado tarde, cerca de las once, y Alberto vivía lejos de Craigmoor.

Como siempre, Fernanda se echó sobre los hombros el abrigo de pieles y ella misma acompañó a Alberto hasta el pórtico. Así, podía darle un beso sin testigos.

Pero esta noche, algo llamó la atención de Alberto y le detuvo, a pesar de lo avanzado de la

hora. Entre los árboles, junto a la casa, había un automóvil.

Lo conocía, era el de Donovan.

Precisamente aquella misma noche había tenido con su prometida una pequeña disputa sobre aquel hombre de pésimos antecedentes. Como siempre, él había insistido en que no le dejaran entrar en Craigmoor, pero Fernanda se defendía con la muletilla acostumbrada: "¿Acaso soy yo la dueña?"

Y he aquí por dónde ahora lo encontraba en actitud de acecho junto a la casa.

Cuando, desde la carretera, vió que Fernanda entraba en la casa y cerraba la puerta, se ocultó tras la valla del parque para espiar al espía.

Lidia de Raukin era una mujer hermosa y joven aún. En aquel momento vagaba por sus habitaciones presa de un nerviosismo que casi la hacía temblar.

De pronto oyó lo que esperaba. Desde el jardín la llamaba la conocida voz de Donovan.

Se asomó a la ventana y le instó a que esperase.

Después, cada vez más nerviosa, se fué a la escalera, bajó cautelosamente y cruzó el vestíbulo sin encender ninguna luz. Al pasar vió que sobre un sofá estaba el abrigo de Fernanda y se lo echó a los hombros.

Lo que no vió es que también estaba Fernanda en el vestíbulo, sentada en un sillón.

Aunque se hallaba en la zona más sombría y de modo que el sillón ocultaba su cuerpo por completo, no se había instalado allí para acechar. Estaba, simplemente, reflexionando sobre el con-

ficto que el odioso Donovan había creado en su casa.

La noche era oscura, pero el abrigo de Fernanda muy claro y Alberto, que había visto todo lo demás desde su escondrijo, vió ahora como resaltaban las blancas pieles en la sombra de la noche.

El equívoco era inevitable. Para Alberto no fué Lidia, sino Fernanda la que acudía a la llamada de Donovan.

Esperó hasta ver que se reunían y dió por terminado su espionaje, alejándose del escondrijo y de Craigmoor.

El diálogo entre Lidia y Donovan fué breve.

—¿Por qué ha venido usted? Ya le he dicho que no puedo darle más dinero—dijo ella.

—¿Preferirá usted entonces—repuso el aventurero sin inmutarse—que su marido conozca las cartas que usted me escribió en otro tiempo?

Lidia clavó en Donovan una terrible mirada.

—¡Oigame usted bien! Ya estoy harta de esta situación insostenible. No quiero darle a usted más dinero y tampoco consentiré que mi marido conozca esas cartas.

—¿Cómo podrá usted impedirlo?

—Eso es cuenta mía. Pero yo le aseguro que lo impediré.

Y le volvió la espalda.

Ya en el vestíbulo, se detuvo. Necesitaba serenarse si quería seguir manteniéndose en pie.

Dejó el abrigo donde lo había encontrado y encendió la luz. Entonces vió a Fernanda.

Su sobresalto no le impidió decirle con un tono casi de reto:

—Siempre igual, siempre espiándome.

—Te aseguro que será la última vez que me llames espía—repuso en el mismo tono Fernanda.

—No olvides que estás hablando con tu madre.

—Con mi madre, no; con mi madrastra.

La indignación de Lidia se trocó en pesar, en amargura.

—¿Por qué me aborreces, Fernanda? Desde que entré en esta casa no has tenido para mí una palabra ni siquiera compasiva.

—¿Quieres saberlo? Pues te lo voy a decir... Mi padre te sacó del coro de una revista para darte fortuna y posición social, y tú le pagas viéndote a escondidas con ese Juan Donovan.

—Te equivocas, Fernanda—repuso Lidia haciendo un esfuerzo para contener el llanto—, si crees que yo he traicionado a tu padre. Te lo juro por él, que es lo que más quiero en esta vida. Antes de que tu padre me conociera fui novia de Donovan y entonces se cruzaron entre nosotros algunas cartas. El conserva las mías y ahora me amenaza con quitarlas la fecha y enseñárselas a mi marido, como si se las hubiera enviado recientemente.

Fernanda la creyó. Era imposible dudar de la sinceridad de quien hablaba en aquel tono. Además, Lidia le había dado muchas pruebas de que amaba realmente a su padre.

—Hay que evitar a toda costa que papá lea esas cartas.

—Sí, sí. No reparemos en los medios.

En este momento, se abrió la puerta y entró Laura llorando. Otra víctima de Donovan.

Al ver a sus señoras, trató la doncella de disimular, pero le fué imposible.

—¿Qué es eso, Laura? ¿Por qué lloras?—le preguntó Lidia.

La mentira acudió prestamente en su auxilio.

—Es que... mi hermana... está muy enferma...

Pero para sus adentros dijo:

—Es que me has robado el amor del hombre a quien amo.

III

La noche siguiente.

Pedro Raukin, el propietario de Craigmoor, esposo de Lidia y padre de Fernanda, había regresado aquel mismo día de un corto viaje.

Pedro Raukin tenía en la vida dos grandes fervores: el trabajo y el honor. Nada más limpio y noble que su alma. Por eso nadie podía dejar de estimarle y respetarle.

Era el día de su cumpleaños y éste fué el principal motivo de su regreso.

Como todos los años, se celebraría el acontecimiento con una cena a la que asistirían las amistades de Craigmoor.

Estaba preparándose para bajar al salón a recibir a los invitados, cuando el fiel Nelson, el criado más antiguo de la casa, que le había ayudado a vestirse, le preguntó:

—¿Está enfermo el señor? Es impropia su pesadumbre en este día. Perdone el señor mi intrusión, pero, ¿quién podrá callar viéndole sufrir?

Pedro Raukin se le quedó mirando.

—Dime, Nelson. Durante mi ausencia, ¿ha venido por aquí ese jugador que se llama Donovan?

Nelson se inmutó. El asunto era muy delicado. La respuesta, difícil.

—Señor... Preferiría no mezclarme en este asunto.

—Está bien, Nelson. No necesito más. Ve y di a la señora que venga.

Lidia acudió inmediatamente.

—¿Qué quieres, Pedro?

—Nada de importancia. Solamente decirte que he invitado a Donovan a nuestra fiesta.

Y añadió con una reticencia que acabó de desconcertar a Lidia:

—Me dijo que tenía algo importante que comunicarme y le he invitado a cenar. Me ha parecido lo más indicado.

Y miraba a Lidia fijamente. Ella, incapaz de seguir disimulando su turbación, optó por marcharse.

—Naturalmente, Pedro. Era lo más indicado... Pero debes bajar en seguida. Comienzan los invitados a llegar. Yo voy arriba a dar las últimas órdenes.

* * *

En efecto, habían llegado ya los señores de Lindsey, muy ridículos pero muy buenas personas. El marido era doctor; ella no tenía otro título que el de la cursilería. Pasaba de los cincuenta y aun se creía capaz de poner en jaque el corazón de su marido.

Después llegó Porter. Sabía que a la cena acudiría Donovan y se había hecho invitar por Raukin, el cual le había concedido su amistad, ignorante de quién era.

Porter llevaba en el bolsillo los vales firmados

por Donovan. Buena ocasión para cobrarlos.

Después entró Alberto, el novio de Fernanda, la cual quedó muy sorprendida al ver que su prometido, en vez de saludarla, le dirigía una mirada hostil.

—¿Qué te pasa, Alberto? ¿Por qué me miras así?

—Anoche te vi salir a hablar con Donovan.

—Eso no es verdad, Alberto.

—Te vi con mis propios ojos.

—Te aseguro que estás en un error. ¿Es que no crees en mí?

En este momento anunció el criado a Juan Donovan.

—Ahora lo sabremos—dijo Alberto.

—¿Qué vas a hacer?—exclamó Fernanda horrorizada.

—Ahora verás.

Y se dirigió al vestíbulo, seguido de Fernanda.

Cogió a Donovan por las solapas y le preguntó:

—¿Qué vino usted a hacer anoche en esta casa?

Pero Lidia, que había advertido la extraña salida de Alberto, se apresuró a evitar cualquier explicación secreta del hombre que le estaba robando la tranquilidad.

—El señor Donovan siempre ha de ser el último—dijo desde la puerta del salón.

Alberto, con su acostumbrada discreción, dejó aquel asunto para otro momento y Donovan se reunió con los invitados.

Al ver que entre éstos figuraba Porter, tomó una rápida resolución: la de no saludarle.

—¿No conoce usted al señor Porter?—le preguntó el dueño de la casa.

—No, señor — repuso Donovan fríamente—. ¿Qué nombre ha dicho usted?

—Porter.

Sólo entonces Donovan le tendió la mano.

—Tanto gusto, señor Porter.



Cogió a Donovan por las solapas.

Pero tampoco Porter era hombre que se inmutara.

—Yo, en cambio, sí que le conozco a usted—dijo mientras le estrechaba la mano—. Pero, por lo visto, no es usted hombre de memoria.

En este momento iba Nelson a abrir las puertas del comedor para anunciar que la cena estaba servida, cuando se tropezó con Laura, la don-

cella, la cual miraba por el ojo de la cerradura lo que sucedía en el salón.

El criado la tocó en un hombro y al volverse Laura, vió que sus ojos estaban arrasados en llanto.

—Siempre pensando en Donovan—dijo con su voz inalterable, acostumbrada a la rigidez del servicio—. Siempre pensando en ese mal hombre.

Laura, avergonzada, huyó de aquella mirada rígida y penetrante y entonces Nelson abrió las puertas del comedor:

—Los señores están servidos.

* * *

A la izquierda de Donovan estaba el doctor Lindsey, al lado de éste su esposa y al lado Porter. Presidía el dueño de la casa con Lidia a su derecha y Fernanda a la izquierda.

Desde el primer momento, la cena amenazó convertirse en un funeral.

Menos mal que allí estaba la señora de Lindsey para animarla.

Después de explicar a Porter las diabluras de sus dos niños gemelos, la emprendió con Donovan.

—Crea usted que no estoy muy tranquila en su proximidad, señor Donovan. Su historial galante es para inquietar a cualquiera.

—Es usted muy amable, señora, pero le aseguro que puede estar completamente tranquila.

Pero la señora de Lindsey no se daba por vencida tan fácilmente. Buscaba la forma de volver a conversar con Donovan, cuando vió en su mano

izquierda una gruesa sortija, ciertamente digna de una alusión.

—¡Qué sortija tan rara lleva usted!—dijo.

—Verdaderamente, es curiosa, no sólo por su forma sino por su procedencia.

—¡Oh, qué interesante! Cuéntenos su historia.

—Su historia no tiene interés más que en sus comienzos. Fué hallada entre las ruinas de un templo milenario del Indostán por un viejo marino el cual me la regaló.

—¡Oh! ¡El Indostán! ¡Qué evocador!

—Naturalmente, son supersticiones, pero se dice que tiene el poder de fascinar a las mujeres...

Y paseó una mirada en torno suyo. Todos, menos Lidia, tenían fijos sus ojos en el narrador, todos estaban pendientes de sus palabras y casi en todos los ojos se leía algo más que el interés: el rencor.

—Parece un ojo de gato—apuntó la infatigable señora de Lindsey.

—Ciertamente. Y en la obscuridad el parecido se acentúa más aún. Brilla como un verdadero ojo de gato.

—¿De veras?—exclamó la vieja ilusionada—. Apaguemos las luces para verla brillar. ¿Lo permite usted, señor Raukin?

—Ya lo creo. Yo también estoy interesado por el poder fascinador de la sortija.

Y añadió volviéndose a Nelson:

—Apague las luces.

En este momento apareció Laura con un gran cuchillo que Nelson le había pedido para trincar el pollo. Al oír la orden de que apagaran las lu-

ces, quedó sin saber qué hacer, con el cuchillo en la mano y al lado del señor Raukin.

Al ver aquella afilada punta dirigida a su cuello, el dueño de la casa se sobresaltó.

—¿Qué hace usted con ese cuchillo en la mano?
Se lo quitó y lo depositó en la mesa, delante de él.

—¡Vamos!, retírese, que van a apagar las luces.

Apagó entonces Nelson.

El comedor quedó sumido en sombras.

Poco a poco comenzó a verse brillar el "ojo de gato".

De pronto se oyó un grito, un ay de dolor y desapareció el punto luminoso.

—¡Pronto! Encended esas luces.

Y, al encenderlas Nelson, se vió que Donovan estaba tendido en el suelo, de lado, y con un gran cuchillo clavado en la espalda.

El cuchillo era el mismo que momentos antes había tomado el señor Raukin de manos de la doncella.

IV

En todos los ojos se leía el terror y en todas las manos el nerviosismo.

Nelson preguntó:

—¿Aviso a la policía, señor?

Y el señor Raukin repuso, esforzándose por aparentar serenidad:

—Naturalmente.

El doctor Lindsey había reconocido a Donovan y su voz fué terrible cuando dijo:

—Muerto.

Minutos después llegó un agente, Casey, que comenzó por detener a la puerta de la casa a los esposos Lindsey.

—¿Dónde van ustedes?

—A ver a nuestros gemelos—repuso ingenuamente la señora de Lindsey.

—Si le es igual, señora, habría de mirarme a mí, porque de esta casa no sale nadie.

Y les hizo entrar, cerró la puerta con llave y penetró en el salón sin quitarse el sombrero y masticando goma.

—¡Que nadie se mueva! —vociferó—. Ahora mismo llegará el inspector Killian, lo que quiere decir que el criminal debe ir preparándose para ir a la horea.

En efecto, en seguida llegó el inspector Killian, con el impermeable chorreando, pues llovía a mares.

Sin quitarse el sombrero tampoco, preguntó a Casey:

—¿Dónde está el cadáver?

—En el comedor.

Y, por primera providencia, hizo de la víctima un detenido reconocimiento.

De él sacó esta consecuencia que fué la admiración de todos:

—Este hombre ha sido asesinado.

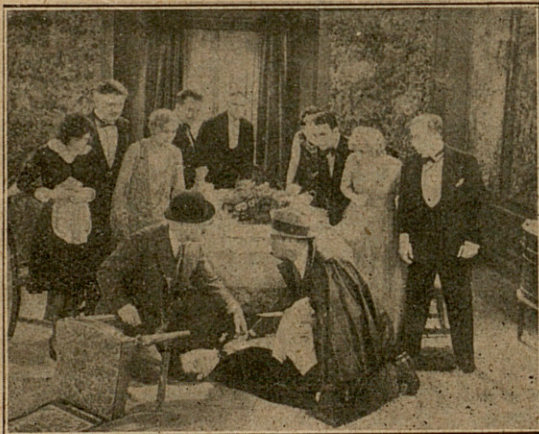
Y en seguida añadió:

—Aquí no hace más que estorbar. De modo que pueden llevárselo adonde les parezca.

—Llévenlo a mi cuarto—dijo la señora de Lindsey—. Ni mi esposo ni yo lo hemos de utili-

zar, pues tan pronto nos dejen libres, volveremos a la ciudad, a nuestra casita, donde mis pobrecitos gemelos me están esperando.

—Nadie saldrá de aquí hasta que haya aparecido el asesino. Pero eso no obsta para que lleven a la víctima a su cuarto.



Hizo de la víctima un detenido reconocimiento.

Entre Casey y el doctor se llevaron el cadáver.

—¿Quién es el dueño de la casa?—preguntó el inspector.

El señor Raukin repuso:

—Servidor.

—Y ¿qué sabe usted de lo ocurrido?

El señor Raukin explicó lo sucedido en dos palabras.

—Perfectamente—repuso el inspector—. ¿Dónde está ese cuchillo?

En este preciso instante, apareció Casey con él en las manos.

—Aquí está, jefe. He buscado en él las huellas digitales, pero no he encontrado nada.

—¡Es raro!—exclamó Killian—. Cuando menos, debió usted de encontrar las suyas, puesto que lo lleva cogido con sus cinco dedos.

Cogió una servilleta e hizo que Casey depositara en ella el cuchillo.

—Así es como se cogen estas cosas—le aleccionó.

De pronto, entregó el arma homicida al agente y corrió a la chimenea, de donde sacó unos papeles que comenzaron a quemarse.

Había sorprendido el movimiento de Porter al arrojarlos.

Uno de ellos estaba intacto. Lo examinó. Después se encaró con Porter.

—¿De modo que Donovan le debía dinero?

—¡Quién sabe!

—Dinero ganado en el juego. En vez de billetes de banco, entregó a usted estos vales.

—Ni más ni menos.

—Y usted, en vista de que no podía cobrar en dinero, ha cobrado en sangre. Lo siento por usted.

Porter estaba muy tranquilo, pero al ver que el inspector sacaba las esposas, comprendió que había de defenderse.

—Señor Killian, si usted me escucha, le daré una pista segura.

—A ver esa pista.

—Pues estábamos sentados a la mesa por este orden. Aquí yo, al lado la señora Lindsey, al lado de ella su esposo, al lado de su esposo...

—Basta. Así no hay medio de entenderse. Que cada uno ocupe su sitio.



—Así es como se cogen estas cosas.

Todos obedecieron.

Al ver un asiento vacío, dijo Killian:

—¿Es la que ocupaba Donovan esa silla?

—Sí—repuso Porter.

—Está bien... Casey, siéntese en el sitio de Donovan.

Casey dió un salto.

—¿Yo?

—Claro que usted.

—Preferiría sentarme en el salón.

—¡Siéntese donde le digo!

No tuvo el agente más remedio que obedecer.

—¿Dónde estaba el cuchillo?—inquirió Killian.

—Aquí, delante del señor Raukin—repuso Porter.

El inspector colocó el cuchillo delante del dueño de la casa.

—Continúe usted, Porter.

—Pues cuando se apagaron las luces y todos mirábamos la sortija...

—Un momento... ¿Dónde está la sortija?

—Cuando yo examiné el cadáver—repuso el doctor—la sortija había desaparecido.

—¡Ah, muy bien! Entonces, nos bastará encontrar la sortija para dar con el culpable. ¡A ver! que se levanten todos los hombres y se pongan en fila.

El primero que registraron fué Alberto.

En el bolsillo del pantalón le encontró Killian una magnífica pistola automática.

—Ahora sí que hemos dado con el autor del crimen — exclamó el inspector gozosamente—. ¿Con qué intención ha traído usted aquí esta pistola?

—Con ninguna.

—Por si acaso, me le voy a llevar a usted detenido.

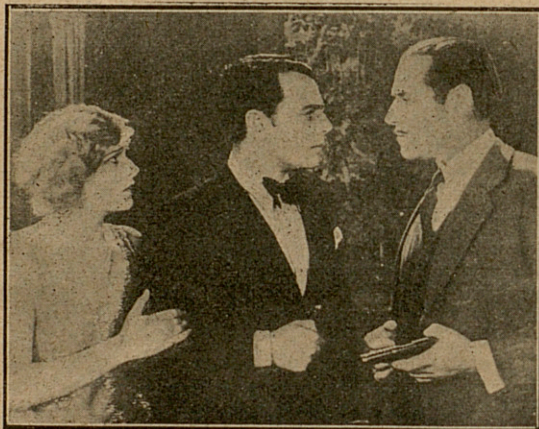
—¡El no ha sido!—exclamó Fernanda—. Debe usted seguir indagando hasta que encuentre al verdadero asesino.

—Oiga usted, joven—dijo entonces el inspector cogiendo de un brazo a Fernanda—. ¿Cómo

sabe usted que no ha sido él el autor del crimen?

Pero en este momento se oyó un grito que atrajo la atención de todos.

—¡Ha sido la cara de un hombre! ¡Yo lo he visto!—vociferaba la señora de Lindsey señalando



¿Con qué intención ha traído usted aquí esta pistola?

do a una de las ventanas que daban sobre el pórtico.

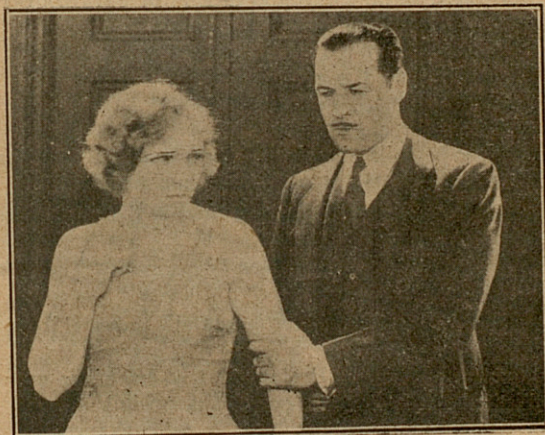
—Vaya usted a ver a quién pertenece esa cara, Casey—ordenó el inspector.

Y Casey salió al pórtico con el revólver apercebido.

Volvió en seguida.

—No hay nadie, señor Killian. Esa señora ve visiones.

Sin embargo, ya se disponía Killian a seguir interrogando a Alberto cuando comprendió por la actitud de Porter que algo debía pasar detrás de los cristales del balcón.



—Oiga usted, joven.

Se acercó lenta y cautelosamente y cogió a Porter de un brazo. Porter se sobresaltó.

—Parece que se ha asustado usted.

—Sí, estaba distraído.

—Yo también. De otro modo ya le habría registrado. Pero aun estamos a tiempo. Levante usted los brazos.

En el primer bolsillo que tocó Killian, halló la sortija.

—No se moleste usted en seguir buscando, Casey. El criminal es el que yo me figuraba: Porter. ¿Verdad, amigo mío, que es usted el asesino?

—No, señor.

—Usted se ha guardado la sortija para cobrar-se lo que le debía Donovan.

—Cierto. Pero yo no le he matado.

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo.

—Demuéstrelo usted.

—Eso estaba haciendo cuando usted me ha interrumpido. ¿Quiere usted escucharme o no?

—Bueno, le daré lugar a que se defienda. Que cada uno ocupe su sitio.

Se volvieron todos a sentar y Porter reanudó su declaración.

—Pues estábamos contemplando todos el brillo de la sortija.

—Un momento. ¿Pretende usted hacernos creer que este anillo brilla en la obscuridad?

—Apague usted las luces y se convencerá.

Después de depositar la sortija sobre la mesa el inspector hizo apagar las luces.

—¡Es verdad!—exclamó—. Brilla como el ojo de un gato. Siga usted, Porter.

—Mientras mirábamos la sortija alguien pasó por detrás de mí. Yo creo que era...

Pero se interrumpió para lanzar un grito.

—¿Qué le pasa, Porter?

Y, al ver que no contestaba, Killian ordenó:

—¡Pronto! Encended las luces.

Las encendió Nelson. Y entonces la concurren-

cia, horrorizada, vió que también Porter yacía en el suelo con el gran cuchillo clavado en la espalda.

V

Killian estaba cada vez más desconcertado.

De pronto, exclamó:

—En esta casa hay un terrible criminal o un loco, pero yo le echaré el guante o dejo de ser quien soy.

Y ordenó a Casey:

—Llévese a toda esta gente a la sala. Yo le aseguro a usted que daremos con el asesino en menos de cinco minutos. Vigíelos usted bien, mientras yo examino el cadáver.

Pero la vigilancia de Casey fué de tal índole, que el señor Raukin pudo salir al pórtico, en el cual había visto a Matías, el jardinero, para entregarle el revólver.

—Toma, Matías. No sé cómo no me lo han encontrado. Ha sido un verdadero milagro.

Matías, que sospechaba que algo grave ocurría en casa de sus amos y que por eso andaba espiando por los balcones del pórtico, aprovechó la ocasión para preguntar a su señor lo que pasaba.

En dos palabras explicó lo que ocurría Pedro Raukin y ya se alejaba Matías por el jardín, cuando el inspector le cogió de un brazo.

—Le he pillado a usted. Desde el comedor he oído como hablaba. ¿Quién era su interlocutor?

—Nadie. He salido a fumar un cigarrillo.

—¡A mí con esas! Queda usted detenido como autor del doble asesinato...

Y llamó a Casey para que fuera a buscar por el jardín al interlocutor del señor Raukin.

Pero he aquí que en este momento, a través de los cristales vió en el salón algo que le hizo cambiar de pista.

Aprovechando aquel momento de soledad, Fernanda se había llevado aparte a Alberto y le advertía de que llevaba una mancha de sangre en el puño de la camisa. Para borrarla, se apoderó del cigarrillo que el novio tenía entre los labios y quemó la tela manchada.

Entonces Killian penetró de improviso en el salón y cogió al "asesino" por un brazo.

—Ahora ya no me cabe duda que es usted el culpable.

Regresó Casey, después de una rebusca infructuosa, pero cuando fué a dar cuenta de ella, oyó que Killian le decía:

—Aquí le tenemos.

—¿Pero no era el señor Raukin?

—Eso fué antes. Ahora es este joven.

—Ya veremos a quién le toca dentro de cinco minutos—exclamó Casey, que ya comenzaba a cansarse de aquel juego.

—Es usted un necio, Casey. Desde el primer momento me he dado cuenta de que el criminal no podía ser nadie más que éste.

Pero Alberto dijo gravemente:

—Venga usted conmigo al comedor, Killian, y le comunicaré algo importante..

—No vaya usted, jefe—le previno Casey—. Resultará que el culpable es otro y habremos de volver a empezar.

Pero Killian, si no el talento, tenía la constancia de Sherlock Holmes y accedió a lo que Alberto le pedía.

—¿Qué tiene usted que decirme?—le preguntó una vez estuvieron en el comedor.

—Pues que, cuando se apagaron las luces por última vez, yo sentí que alguien pasaba por mi espalda. Alargué el brazo y logré sujetarle por una muñeca, pero él logró escapar.

—¿Cómo puede usted probar que es cierto lo que dice?

—La mancha de sangre de mi puño es una prueba, pero yo tengo un plan infalible para dar con el criminal. Si usted me hace caso, dentro de cinco minutos saldrá por esa puerta con el asesino.

—¿Qué plan es ese?

—Que volvamos todos al comedor y ocupemos nuestros sitios. Cuando se apaguen las luces yo volveré a contarle todo lo que le acabo de contar.

—Eso es una solemne estupidez, amigo mío. Si lo hacemos será usted la tercera víctima de la noche.

—Eso es lo que pretendo.

—¿Que le maten?

—Que lo intenten. Así podré coger al criminal, porque estaré prevenido para abalanzarme sobre él.

—¿Sabe usted que el juego puede costarle la vida?

—Lo sé. Pero lo daré todo por bien empleado con tal de descubrir al asesino.

—Si es así, estoy dispuesto a que la escena

se repita. Además, me colocaré cerca de su silla y le ayudaré a sujetar al criminal.

Siguiendo las órdenes de Killian volvieron todos al comedor.

La emoción y el miedo llegaron entonces a su mayor grado de intensidad. Todos sabían que volver a apagar las luces podía equivaler a que se cometiera un nuevo crimen.

Volvió a colocarse el cuchillo ante el señor Raukin y la sortija en el sitio que ocupaba Donovan.

—Apaguen las luces—dijo Killian.

Y Nelson rodó la llave por tercera vez.

Todo quedó en tinieblas. El ojo de gato tenía ahora un fulgor más siniestro que antes. El inspector comenzó a decir:

—He repetido el juego porque me he propuesto no salir de aquí sin el criminal. Esta vez no se encenderán las luces hasta que el asesino confiese. ¿Quién mató a Donovan? ¿Quién mató a Porter?

—Yo lo sé, señor Killian—repuso entonces Alberto.

—Diga usted lo que sepa.

—Cuando las luces estaban apagadas, alguien rozó mi espalda y yo le cogí la mano. Y esa mano era...

Hubo un rumor, un movimiento como de lucha y Alberto gritó:

—¡Sujételo, Inspector! ¡Ya lo tengo! ¡Encendamos las luces!

Pero las luces tardaban esta vez en encenderse. Uno de los invitados se levantó y rodó la llave.

Y entonces vieron que el asesino era Nelson.

La más asombrada fué Laura, la doncella.

—Pero ¿has sido tú, Nelson, quien ha matado a Donovan?—preguntó acercándose a él.

—Sí, yo he sido—repuso el criado con descompuesta expresión.

—¿Por qué?

—Porque me robó tu cariño.

—Pero Porter...—insinuó Killian.

—Porter adivinaba la verdad. Iba a delatarme.

—Ese hombre debe de estar loco—manifestó el doctor Lindsey.

Y mientras Casey se llevaba al criminal espasado, el inspector daba por teléfono las órdenes oportunas para que fueran a recoger los cadáveres.

Una hora después, la calma se había restablecido en Craigmoor.

Y, aunque nadie se atrevía a decirlo, todos sabían que aquella paz ya no volvería a turbarse, porque había desaparecido el principal causante de las desdichas que pesaban sobre Craigmoor: Donovan.

Antes de que los señores de Lindsey se retiraran, Fernanda les invitó para una nueva fiesta: la de su matrimonio con Alberto.

Y Alberto ratificó la invitación.

Así terminó aquella noche que no sería inolvidable porque todos la tratarían de olvidar.

F I N

Gran éxito

de la nueva publicación

La Novela Sentimental

*Bellísima colección de asuntos que
cautivarán al lector.*

Inmejorable presentación.

Colaboradores de calidad.

*Portadas formadas con las mejores
fotografías de las «estrellas»
del cine.*

Novedad insuperable, como de

Ediciones BISTAGNE

*que no tiene rival en la presenta-
ción de sus publicaciones.*

Precio: 30 céntimos

HOY

SE HA PUESTO A LA VENTA
en las selectas *Ediciones Especiales* de
La Novela Semanal Cinematográfica



La copla andaluza

con cantares

¡ADQUIERALA ENSEGUIDA!

Precio: 1 peseta

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

De interés para todos, especialmente para los padres

Ediciones BISTAGNE

ha puesto a la venta una publicación semanal dedicada a los niños, pero que los propios padres leerán con deleite, cuyo título es:

El Cuento Seleccionado

Su precio es de 15 céntimos

y todos los asuntos que se publiquen tendrán un alto valor educativo.

Inmejorable presentación

¡El mejor cuento del hogar!

¡15 céntimos!